

Tulipán marchito (Terror)

Aunque su impacto estético y su efecto en mi calenturiento organismo es más que notable, debo recordarme a mí mismo que todo lo que veo es falso. La sangre que salpica su adorable y delgado cuello pálido, el rímel que le aporta ese seductor aspecto zombificado, incluso ese tinte de pelo que la convierte en un negro y marchito tulipán.

Sin embargo, al mirarla a ella (no a una parte de ella, sino a toda ella, como concepto), esta ficción se va transformando en una realidad que acojo con gusto. Sus preciosas y elegantes pupilas de besugo muerto parecen saber que la estoy mirando, parece recibirme con una alegría macilenta.

No veo rastro de espasmo alguno, ni una perturbación en esa carótida por la que me encantaría deslizar mi lengua hasta hacerle una herida sangrante de verdad. No consigo, a pesar de mis obsesivos esfuerzos, detectar un solo tic en sus huesudas rodillas, ni siquiera cuando ese maromo la penetra. Y sus ojos no parpadean ni una sola vez, se mantienen firmes, inmóviles, como conservados en formol. Esa visión de belleza criogenizada hace que mi saliva caiga sobre mi polvoriento teclado.

Mi mano se ha movido a un ritmo pausado, más o menos bajo control, mientras la estrangulaba. Me he imaginado en la piel de ese suertudo cachas, en contacto con el pellejo casi blanco de mi musa, extinguiendo la vida que le quedaba. Pero todavía me podía controlar: al contrario de lo que podría parecer, no me entusiasma la violencia. Me excita lo que viene ahora.

En este momento, me masturbo sin contención, jadeando, llegando a rugir como un animal encarcelado que se encara con sus captores. Tener ese cuerpo inerte solo para mí... inmóvil, silencioso, sumiso. Mío.

Su cara es como la de una muñeca de porcelana, congelada para siempre en el tiempo y lista para jugar a cualquier momento. La cópula hace que el cuerpo de ese tío me tape la visión. No me interesan sus hipertrofiados músculos, solo me interesa ella. Ojalá hubiera un vídeo en el que mi precioso tulipán se quedara inmóvil en una lujosa cama de sultana, como le corresponde. Con esos ojos vidriosos mirando al techo, sin parpadear. Un cuerpo de escultura griega que no se defiende, que no ataca, que no habla. Todo para mí.

Continúo rindiéndome a este enfermizo frenesí. Es una sensación tan placentera que me parece imposible que existe. He probado el alcohol, he probado la hierba, he probado comida razonablemente buena. Nada se equipara al placer que siento en estos momentos, cuando me convierto en un animal que no se detiene ante nada para satisfacer sus instintos. Me imagino qué diría mi compañero de piso al verme con el rostro enrojecido, con las venas marcadas en la frente y en el cuello, disfrutando de este depravado porno *postmortem*. Qué pensarían mis padres, mis pocos amigos. Seguramente se apartarían de mí. Seguramente me considerarían un monstruo... pero ellos no saben el placer que siento al imaginarme recorriendo las esbeltas curvas de Afrodita encarnada en una chica gótica. Reprimo un chillido y me muerdo tanto los labios que acaban sangrando. Lamo ese líquido. Joder, me encanta...

Cuando eyaculo, siento un alivio incomparable, como debe sentirse un anciano feliz que ya lo ha hecho todo en la vida, rodeado por sus hijos y nietos. Durante un minuto, dos, tres, mil, yazco junto a ella hasta que su vídeo termina. No quiero volver a la realidad tan rápidamente. Quiero deleitarme en la visión de esta dulzura muerta, gozar con la inmovilidad de sus caderas y con sus pezones duros como piedras. La amo.

El botón de cuenta Premium es nuestra familia Capuleto, el Agamenón que nos separa. Me diferencia a mí de todos aquellos que pueden permitirse el lujo de pagar un servicio adicional, un servicio que ni yo mismo puedo concebir. ¿Qué pueden ofrecer esas relucientes letras de platino que no tenga ya?

Por una parte, experimento cierto alivio: quizás sea alguna guarrada con orina o con mierda, alguna perversión que perturbe ese cuerpo precioso. Por otra... me gustaría conocerla más. Entrar en su intimidad como un parásito, poco a poco, rellenando los huecos que quedan para descubrir la totalidad de su brumoso retrato. Me repugna la coprofagia, pero sería un riesgo a correr.

Golpeo el teclado, perdiendo ese control que tanto me esfuerzo por mantener. Mi fina capa respetable se resquebraja ante una impotencia sin parangón: la del romántico rechazado, ninguneado constantemente por esas figuras de fitness y viagra con las que suele copular mi cadáver favorito. Ojalá supiera su nombre real. Me gustaría conocerla.

Como si me leyera el pensamiento, un anuncio aparece. Carece de sofisticaciones de diseño moderno, incluso de ilustraciones. Se trata de un recuadro de color carmín, relleno de palabras blancas y claras, prístinas, sobre todo en comparación con la inmunda (hasta yo lo reconozco) página web que las rodea. Mi primer impulso es siempre cerrar estos *pop-up* repletos de virus, pero algo me incita a seguir. El contraste entre este color pasión y la frialdad de los caracteres me obliga a leerlos con una atención desmedida. En cuanto capto su contenido, las cuencas de mis ojos amenazan con desbordarse.

"Se buscan voluntarios para participar en escenas de necrofilia con Tulipa Mavra. No importa estado físico ni tamaño. Si te interesa, pulsa aquí".

A todas luces, una falsedad, me digo. Un cebo tan inverosímil, un engaño tan burdo, que nadie en sus cabales se lo creería. Que solo trata de atraer a imbéciles que piensan con la polla y que saben que cualquier mujer huirá al escuchar sus fantasías. Intento convencer a mi sensatez de que ignore los sudores fríos que me bajan por las sienes, los temblores de las comisuras de mis labios, una repentina erección incluso justo después de correrme, unos latidos inversamente proporcionales a los que imagino en su apetitoso cuello. Intento no esbozar esta sonrisa de felicidad.

A pesar de ello, pulso el botón.

...

Mientras atiendo a esta masa homogénea y gris de clientes, no paro de mirar el móvil cada dos minutos. Un tipo escuálido como yo, un desecho raquíptico de la naturaleza... y esta puede ser

la oportunidad de mi vida para conocerla. Si me la pierdo, habré perdido también la motivación para salir de mis mugrientas sábanas y acudir a mi mugriento trabajo.

Me pregunto por qué necesitarán voluntarios, si no hay suficientes profesionales para rodar con ella. He oído que muchos tienen reparos hacia las escenas de necrofilia, pero no me puedo imaginar que haya alguien que no desee respirar el mismo aire que esa diosa macabra de la esterilidad, sudar con ella, tenerla a su merced, gozar de la libertad de explorar sus contornos, sin interrupciones, sin preocupaciones...

-¡Concéntrate, coño!- me exige mi jefe, gritando. Como siempre-. La pantalla del móvil no te va a pagar las facturas y, como sigas así de pasota, vas a tener que buscarte otra forma de costear el WiFi.

Asiento, a regañadientes, y me guardo el teléfono en el bolsillo. Vuelvo a servirles sus contaminantes bolsas de plástico a estas personas cuyos rostros supuestamente vivos no pueden compararse al encanto que muestra el de mi querido tulipán. Lo he contemplado decenas de veces: aterrorizado, sereno, risueño, ahogado. Todas esas expresiones, como distintos cuadros protagonizados por una misma modelo, provocan siempre el efecto que desean. A veces me compadezco de esa pobre chiquilla asesinada, a veces deseo poseer con violencia el cuerpo de esa golfa desafiante y sarcástica incluso en la presencia de la Parca.

Escucho la chabacana voz de esa mujer de la cola que se burla de mis despistes. Quizás, antes de descubrir a mi musa, habría deseado arrancarle las cuerdas vocales a esa señora maleducada. Ahora, aunque no me disgusta la idea, prefiero imaginarme cómo será el timbre de esa idea siniestra que ha decidido manifestarse en esa magnífica chica. A juzgar por sus escasos gemidos de auxilio en algunas escenas, debe de ser maravillosa, cantarina, pero con el matiz grave y amargo del buen vino añejo.

Mientras la arpía de mi compañera le susurra algo a una clienta, seguramente una burla, noto la vibración de un mensaje. Recuerdo lo que me ha dicho ese cabrón que me da órdenes, pero decido arriesgarme. Alguien que no me desprecie, que no se ría de mí, al que le diviertan mis intentos de participar en sus películas. El premio es demasiado gordo como para no jugársela por él.

Al ver el contenido de esa respuesta, se me escapa una lágrima de dicha. Reprimo un grito, pero solo porque quiero guardarme todos para la ocasión.

...

-Vale, tú solo intenta darle algo de teatralidad al tirar la capa, ¿ok? A ver, tampoco hay mucho que hacer con lo que tenemos, pero recuerda que eres un vampiro. Tiene que quedar... guay, vale. Intentaré sacar un buen plano general guapo antes de ir al asunto.

Levanto el pulgar ante el cámara, aturdido, mientras me vuelvo a pasar la mano por el pelo. La gomina es ridícula, y la capa parece sacada de un todo a cien. Por suerte no han sido tan cutres como para ponerme colmillos falsos pero, de no haberlo sabido, jamás habría adivinado que tienen clientes Premium. No espero una superproducción de una película porno, pero sí algo que no dé vergüenza ajena.

Sin embargo, a pesar de lo irrisorio del disfraz y lo trillado del argumento, debo admitir que el lugar no está mal. No han intentado camuflar esta casa okupa abandonada como una mansión o un castillo donde habita un aristócrata decadente.

Por el contrario, sigue manteniendo una atmósfera realista, pero igualmente tétrica. La ideal para desatar las pasiones prohibidas que habitan dentro de mis perversas gónadas. Me imagino los grafitis de estas paredes recubiertos de sangre, mientras de fondo suena un rap de letra macabra y gótica, me imagino el cadáver de algún ingenuo de fiesta, acuchillado por diez míseros euros. La mugre que los focos me permiten distinguir, como si fueran pútridas luciérnagas, le aporta a un realismo que solo la realidad puede conseguir. Esto no es un decorado. Es realmente el lugar en el que el morbo por la violencia, la depravación sexual y la sensación de alerta y peligro anclada en los instintos más primarios, se dan un banquete con todo el que osa pasar por aquí.

Y me encanta. A pesar de que las puntas de mis dedos se han puesto moradas del frío que entra por los huecos de las ventanas, mantengo mi erección.

Escucho pasos, seguidos de un eco adulador de maquilladores, de agentes, de cámaras. Un paseo grácil como el de un flamenco, pero tan certero como las pisaditas de un cuervo: ella sabe dónde quiere poner el pie, ella sabe qué ruido hacer con sus tacones, qué sensación quiere provocar. Y la provoca. Golpeo el suelo con la planta del pie, impaciente, como un potrillo desbocado, a punto de relinchar.

Y la veo. Un vestido corto y (cómo no) negro, que apenas cubre su cintura, que deja al descubierto dos piernas que caminan como si estuviera en la pasarela de un camposanto. Sus manos, delicadas y finas, engendran diez dedos que terminan en unas uñas puntiagudas y decoradas con elegantes calaveras mexicanas. Esos graciosos cráneos flotan en un fondo oscuro como las profundidades marinas.

Cuando me mira a los ojos, me siento como si el mundo se hubiera detenido... y no sería un mal final. No me importaría que esta tragedia que es la vida humana acabara con ese par de ojos tranquilos pero pasionales hundiéndose en mis córneas como la bella visión que enseña un sueño antes de convertirse en pesadilla. Para siempre.

Pero, como todo lo bueno, se acaba. Me deja con una sensación embriagadora y un aturdimiento que parece más propio de un somnífero que de una mujer. Se acerca a mí, con sus movimientos sinuosos de cobra, y me guiña un ojo. Marlene Dietrich, o cualquier otra musa del cine negro, se moriría de envidia si la viera.

-Me... muero... de ganas de trabajar contigo.

Un juego de palabras que habría parecido estúpido de haber salido de otros labios, pero no al surgir de entre los suyos. No con ese timbre de caramelo amargo, ni con ese tono orgásmico que no me resulta nada artificial. Y la forma en la que se mueven sus labios... no tengo palabras para describirlo. Casi me apena tener que besarlos cuando estén muertos.

-Sí... sí...-balbuceo, incapaz de ocultar mi evidente patetismo-. Soy... soy un admirador...

Ella se ríe. Normalmente, cuando una fémina se ríe, tiendo a desconfiar, a creer que se están burlando de mí. No es el caso. Ese canto de pájaro me transmite confianza, y me conmueve.

-Pues me alegro. Estoy deseando ver hasta dónde llega tu... admiración.

Su mano se derrama, como el torrente de una cascada, por los pliegues de mi escasa ropa. Me acaricia los pelos del pecho a través de la camisa, llega hasta la barriga y pasa la palma de su pálida mano por la ligera curvatura propiciada por los bollos de por la noche.

Luego, la posa sobre mi paquete. Sus dedos circulan por las venas de mi polla como lanchas por un río, como si conociera de antemano todo lo que me gusta, como si pudiera descifrar los enigmas de mi cerebro a través de la entrepierna. Como si las palpitaciones en estos casos sanguíneos le hablara en un prodigioso código que solo entendemos ella y yo.

Sus labios fríos y finos se aproximan al cartílago de mi oreja. Me muerde, y logra que el vello de todo mi cuerpo se erice, antes de emitir un susurro, de acariciar mis tímpanos con ese aliento que huele a flores marchitas.

-Anda, guapo, ponte agresivo. Recuerda que eres el vampiro malo, y yo soy una muchachita indefensa...

Guía mi mano hasta el final de su vestido. No lleva bragas. Joder, quiero saltar sobre ella ahora mismo, siento una pulsión tan violenta que me hace querer...

-¡Vale, empezamos!-grita el director, poniéndole fin al encantamiento. A nuestro alrededor, el equipo se prepara para grabarnos. Noto un cierto aire extraño de desasosiego en sus expresiones faciales. Claro, desean ser como yo. Pero me han seleccionado a mí.

Yo soy el villano de la película, el asesino de este *slasher*, el fantasma de esta producción de horror gótico. Me siento como si estuviera metido dentro de una pesadilla febril, pero no soy yo el que sueña. Son ellos, son los que verán este vídeo si alguien consigue filtrarlo en alguna página de dudosa legalidad. Y, sobre todo, es ella. La víctima, que se cree depredadora por esos modismos seductores y esa ropa ceñida. Pronto aprenderá.

Olvido las instrucciones en un santiamén, pero no parece importarle a nadie. Al informarme, he oído hablar sobre lo duro que es este negocio, sobre lo difícil que es encontrar el ángulo adecuado, sobre la cantidad insana de drogas que toman sus intérpretes. Pero a mí no me hace falta sustancia alguna: me empalmo solo con mirar esos ojos negros, cuyo interior sugiere maldades más allá de mi comprensión.

Nos quitamos la ropa, y la observo en todo su esplendor. Sus duros pezones me apuntan a mí. Soy el protagonista. Soy el asesino... o lo seré.

Beso su cuello, sin preocuparme por la gente que me rodea. Sé que es una locura, que mi familia lo puede ver, que pronto se filtrará al público... pero me da igual. Muerdo su cuello, primero con suavidad, como un Drácula meloso y seductor. Luego, me convierto en la bestia y comienzo a hacerle pequeños hematomas. No puedo controlarme. Dejo un par de marcas rojas, no muy grandes pero claramente perceptibles, y...

...y mi excitación se esfuma. ¿Qué estoy haciendo? En cualquier momento va a chillar de dolor, me va a abandonar, y no podremos estar juntos. Mi enfermedad ha podido conmigo, ha impedido que se lleven a cabo los deseos que ella misma provocó. Ahora me van a echar, y...

...y no pasa nada. Emite un grito falso, sí, pero forma parte del personaje. Quiere que siga. Quiere que siga hasta el final.

Bien, prepárate. No vas a poder creerte cuánto me voy a meter en el papel.

La tiro al colchón que han colocado en el suelo, con violencia. Me lanzo sobre ella, aunque el frío que entra por la ventana me ponga la piel de gallina, aunque este lugar parezca salido del sueño húmedo de un asesino en serie. O precisamente por eso.

Veo que su personaje intenta retirarse. Quizás ella misma lo hace, una vez ha comprobado quién soy realmente. Quizás intuye lo que va a pasar.

Poso mis temblorosas manos sobre mi cuello y las cierro en torno a él, sin poder reprimir una sonrisa nerviosa. Aprieto, con toda la fuerza de la que dispongo. Veo que patalea. No me importa, pero deseo que pronto se convierta en una belleza muerta, que la poca vida que le queda se extinga. Aborrezco esta forma de hacerle daño. No puedo negar que el morbo me excita, pero quiero que termine de una vez. Quiero disfrutar de su imagen inmóvil.

Insisto, violento, como un animal que no ha comido en días, empiezo a restregar mis genitales contra los suyos, la punta de mi polla roza su sexo como queriendo anticipar nuestro glorioso encuentro. Pero no antes de tiempo, no, claro que no... primero, tengo que apretar más... y más... ¡más, joder, más!

Enajenado, sonriente, mientras los cámaras esperan la escena de sexo con expectación, compruebo su pulso con el pulgar.

No tiene ninguno. Está muerta. Por fin. Por fin podremos encontrarnos como debemos, bailar la danza más negra que existe. Mi sonrisa babeante y malsana hace que uno de nuestros testigos aparte la mirada.

Entonces, arranco de mi alma tanto la virginidad como la poca inocencia que me queda. He soñado con esto muchas veces, pero jamás habría podido imaginar este placer. Penetrar a un cuerpo inmóvil, gozar de su indefensión, compartir unos momentos de intimidad en los que el mundo exterior desaparece. En este mundo pequeño y momentáneo, que me gustaría embotellar por toda la eternidad para revivirlo en mi celda, no existieron los filósofos ni los profetas ni los políticos. Nadie que limite mi extrema libertad, la satisfacción de unos instintos que he rechazado vehementemente hasta ahora.

Por un momento, la perspectiva de pasar una vida en la cárcel me hace detenerme, insatisfecho, aterrado. Me doy cuenta de lo que he hecho, de que me están grabando. De que más de uno parece consternado, como si intuyera la depravación que se está llevando a cabo delante de sus ojos.

"Ya pensarás en eso"-me digo, pletórico, como drogado por la sustancia más adictiva posible-. "No hay vuelta atrás. Te van a mandar al trullo de todos modos. Aprovecha. Agarra el momento de la entropía y úsalo a placer".

Soy consciente de que esto es inmoral, pero no puedo contenerme. Aprovecho este momento efímero de felicidad, en el que todos mis problemas desaparecen. Entro y salgo en su vagina muerta, sudo, gruño, grito, mientras sus dos labios se mantienen pegados en una extraña expresión de sosiego. Eso solo inflama este inigualable frenesí más todavía. Toda mi vida acaba de adquirir sentido. Por este momento, por este bendito momento.

Cuando me corro, la totalidad de mi cuerpo se desploma sobre el suyo, me tumbo encima de ella para descansar, para tener un momento de dulce y silenciosa intimidad. Con la mano derecha, le toco la carótida para disfrutar durante unos segundos más de su ausencia de pulso. Acaricio ese pelo negro que parece hecho de bichos inertes, y siento un lúgubre deleite al oler su aroma. Un aroma sorprendentemente aséptico y relajante.

-¡Vale, buena escena! ¡Muy bien, chico, se nota que tienes material!

Aunque suelto una risita nerviosa, no abandono a mi amada. No, no, no, por favor, no quiero que se termine tan pronto. Quiero unos minutos más de tranquilidad, o unas horas, o unos años. Quiero que este cuerpo se vuelva putrefacto, que empiece a perder la carne que rodea a sus pómulos, que se convierta en un esqueleto y pueda pasear mi lengua por su pelvis, como uno de tantos gusanos que acabará consumiendo su belleza. Una etapa de podredumbre, fea y desagradable, pero inevitable. Y quiero formar parte de ella. Soy un hombre comprometido.

-¡Vamos, ahora a rodar la escena para los clientes Premium!-grita ese insoportable director, haciendo añicos este momento de elucubración-. ¡Que no hay tiempo!

Sollozo, y acaricio este rostro perfecto por última vez, consciente de que las encorsetadas leyes de los hombres nos separarán.

Entonces, se mueve. Reprimo un chillido al ver que esa cabecita se gira, que sus dientes de perlas atrapan mi oreja como un cepo.

-Hola, guapo. Veo que te has metido en el personaje... hacía mucho que no disfrutaba de este modo. Eres un chico apasionado, ¿sabes? Y eso me gusta... me gusta mucho.

No. No. No sé qué está pasando. Mi pene se balancea, flácido, ante algo que escapa completamente a mi control. Anonadado, con mi cuerpo siendo castigado por abruptos espasmos, miro al equipo, trato de hallar alguna pista que me ayude a comprender lo que sucede. Pero solo encuentro una mirada avergonzada, culpable, resignada a ser cómplice de la más absoluta degradación moral. Una degradación que ni siquiera yo he podido imaginar hasta ahora. Las comisuras de mis labios se deforman en una expresión de terror, de arrepentimiento.

Es demasiado tarde.

-Anda, no llores, chico-me dice esa voz melosa y maligna-. O, si lo haces, mira a cámara. Les va a encantar.

Abre la boca, enseñando un par de colmillos que se clavan en mi yugular. Al experimentar este indecible dolor, compruebo que solo era un niño jugando a ser un asesino, un aspirante, una mala broma. El verdadero rostro del mal se alimenta de mi sangre. Intento agarrarla del cuello para defenderme. A pesar de mis pataleos y de los demás intentos patéticos de defenderme, pronto empiezo a ver borroso. Mis cinco sentidos se debilitan, siento un cosquilleo, comienzo a perder la consciencia. Finalmente, antes de que la pérdida de sangre acabe con mi miserable vida, logro aferrarme a su garganta.

La quietud de su pulso inexistente me acompaña a la tumba.